

### LOS PARAÍOS ENCONTRADOS

Javier Aranguren  
Ediciones Internacionales, Universitarias,  
Madrid, 2004, 236 páginas

Después de *Lo que pesa el humo* (2001) y *Antropología Filosófica. Una reflexión sobre el carácter excéntrico del ser humano* (2003) Javier Aranguren regala al lector *Los paraísos encontrados*. Este libro recopila doce textos escritos entre los años 2000 y 2004, algunos publicados en la revista *Nuestro Tiempo*, otros fruto de conferencias y participaciones en congresos. La obra aborda muy diversas cuestiones: desde la formación universitaria al papel de la vivienda en la vida humana, pasando por el problema del dolor, la figura del héroe, los nuevos mitos, la globalización, la amistad, el amor, la templanza y la vida contemplativa. El primero de esos textos, que da título al volumen entero, muestra un hilo conductor común a todos ellos. Javier Aranguren toma posición en este libro frente a todas esas visiones de la realidad que mantienen que "los únicos paraísos son los perdidos" y que obligan al ser humano a vivir refugiado en un pasado que no volverá jamás. Vivir es un proyecto que mira siempre hacia el futuro, que debe enfrentarse con esperanza e ilusión. Contra el pesimismo, se mantiene una y otra vez a lo largo del libro que los únicos paraísos son los que están por encontrar. "(...) la mirada del filósofo no debe estar en el pasado ("paraísos perdidos") porque eso supone una detención, y porque lleva implícita la idea de que llega un momento en el que el ser humano no puede dar más de sí" (p.12).

El rechazo de esta concepción negativa imperante en la actualidad supone mantener tesis—como la defensa de un cierto elitismo (p.29 y ss), la reivindicación de las virtudes especialmente de la templanza (pp.146 y ss), el intento por buscarle sentido al dolor (pp.119 y ss), la apología de la vida contemplativa (pp. 191 y ss) o el intento constante de recuperar la idea clásica de formación (pp.52 y ss)— que no son "políticamente correctas" ni en la calle ni, desde luego, en los círculos intelectua-

les. No obstante, tampoco la verdad lo es y es justo reconocer el valor de un planteamiento que no sacrifica ésta a la corrección política o a las modas intelectuales. Frente a la muerte y disolución del hombre proclamada a los cuatro vientos por muchos de los agoreros del pensamiento postmoderno, el autor reivindica una visión positiva del mundo y, sobre todo, del ser humano. Aun comprendiendo que el pesimismo puede aparecer frente a determinadas circunstancias tristes en la vida, el autor se resiste a aceptar "que la enfermedad se tome como medida de lo normal, menos aún de lo verdadero, y eso por mucho que los telediaros o los actuales creadores de experiencias culturales (en la pintura, en el cine y en lo literario) insisten en decirnos que el ser humano no es más que decadencia sin remedio" (p. 12). El rechazo a esta concepción negativa del hombre, que impera a principios del siglo XXI, no implica desempolvacar viejas ideas para refugiarse en ellas, sino que, y éste es uno de los méritos de Aranguren, se dialoga con los autores del pasado buscando en ellos respuestas a los problemas actuales. A lo largo de la obra se descubren a través de citas, referencias y dedicatorias, algunas de las fuentes de las que bebe el pensamiento del autor, filósofos como Aristóteles, Tomás de Aquino, Newman, Spaeman, Gadamer, Inciarte, Arendt, Nussbaum, Llano y Yepes entre otros; escritores como Carver, Eliot, Dinesen, Magrís, Maderi, etc. y la indudable inspiración cristiana que el autor considera que es una de las causas más claras de su optimismo. Junto a temas clásicos en filosofía como las virtudes, están presentes en esta obra cuestiones típicas de la antropología más reciente como la identidad narrativa del ser humano: "Y es que cada uno de nosotros actores y autores del drama de nuestra propia existencia—mientras nos encontramos dentro de la historia nunca hemos dicho aún nuestra última palabra, y nos cabe siempre mejorarnos, ir más lejos" (p. 12).

El recurso constante a la literatura, al cine o a la anécdota de la vida cotidiana es especialmente valioso puesto que hace mucho más asequible la reflexión a cualquier lector. Lejos de "oscurecer las aguas para que parezcan profundas" el autor utiliza un lenguaje claro y sencillo, a veces poético y a veces irónico, pero siempre cuidado llevando al lector de la mano desde las realidades más cotidianas hasta las cuestiones más radicales de la persona humana. Ese es precisamente uno de los méritos más grandes de esta obra, hacer asequible a todo tipo de lectores algunos de los grandes temas de la antropología clásica y actual y ser capaz de reflexionar sobre cuestiones aparentemente triviales. Es más que probable que muchos al leer este libro dejen de pensar que la filosofía consiste en decir lo que todos saben con palabras que nadie entiende, y caiga en la cuenta que un verdadero filósofo aquél que, como decía Aristóteles, se deja sorprender por la realidad, es alguien que mira lo que todos miran y ve lo que nadie ve. ☞

Sara Escobar